

DIÁLOGO DE SABERES, INTERDISCIPLINARIEDAD Y TRANSDISCIPLINARIEDAD EN LAS CIENCIAS SOCIALES

Estefan Baleta López ¹

Amanda Sofía Polanco ²

Gilberto Betancourt Zárate ³

Introducción

En toda la historia de la humanidad, el intercambio, conservación o donación de saberes, ha estado rodeado por una serie de circunstancias sociales específicas que a su vez han generado una serie de consecuencias o efectos similares que merecen ser revisados aun cuando sea de forma breve. El secretismo ha sido el principal recurso utilizado milenariamente por los proto estados o por las distintas civilizaciones, si se me permite usar este polémico término, cuando han obtenido algún tipo de conocimiento que les representa o puede representar alguna ventaja potencial sobre los demás estados. Con el secretismo milenario, de forma inmediata y aparejado a él aparecería la también milenaria práctica de intentar saber lo que los otros sabían. El espionaje en la investigación científica social y, hay que decirlo, con mayor intensidad en las investigaciones adelantadas, por el saber producido en las disciplinas de las ciencias naturales, no es un asunto de ahora ni tampoco de películas de ficción.

Como tampoco son imaginarias las consecuencias que tales actividades han supuesto a lo largo de la historia, incluyendo el mundo mítico en el que aquellos dioses que se atrevían a compartir saberes con los humanos eran sometidos a castigos eternos. Y acaso que la serpiente se arrastre sobre su vientre, que a las mujeres se les multiplicaran los dolores en el parto, y que los hombres tuviesen que comer el pan con el sudor de su frente, por haber comido

¹ Sociólogo, magister en Ciencia Política. Profesor Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Correo: ebaleta@unicolmayor.edu.co

² Trabajadora Social, magistra en Política Social, Especialista en Intervención sistémica de la familia. Docente Universitaria. Correo: amandasofiapolanco@gmail.com

³ Estudiante Doctorado en Teoría Crítica. Magister en Sociología. Especialista en Epistemologías del Sur. Administración de empresas con Estudios de Profundización en Historia (Historia económica y empresarial). Profesor Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca. Correo: gbetancourt@unicolmayor.edu.co

del árbol de la ciencia, no constituye uno de los cánones más difundidos por la tradición judeocristiana. La expulsión del paraíso terrenal de Adán y Eva, en esta interpretación para evitar, además, que habiendo comido del árbol de la ciencia (y aprendido a distinguir el bien del mal), pudiesen comer también del árbol de la vida (resguardado desde entonces por querubines y una espada flamígera que se revuelve por todos lados) y comieran y vivieran para siempre.

En cualquiera de los niveles en que podemos recrear de manera significativa el acceso a [nuevos] saberes y su apropiación-reproducción-utilización, podemos comprobar que obedecen a una serie de circunstancias específicas y que han tenido también consecuencias específicas, pero todas las circunstancias y consecuencias con sus especificidades y diversidades obedecen o expresan el hecho de que el acceso o intercambio de saberes es en primer y último lugar un intercambio y una relación de poder.

Saber es poder

La enorme potencia revolucionaria de los enciclopedistas en el Siglo de las Luces al intentar recoger todo el conocimiento científico, producido hasta el momento, en unos enormes volúmenes y ponerlos a disposición de todo el mundo, consiste además del hecho de su intención universalizante, en que rompe la matriz de poder que implica el monopolio de todo saber o conocimiento. Pero con el impulso de los enciclopedistas y de la universalización del conocimiento, empezó también la cada vez más creciente necesidad de delimitar campos y disciplinas, sobre todo en las ciencias sociales, pues en cierta forma tal proceso de decantamiento disciplinar ya se había producido, o eso parecía, en el campo de las ciencias naturales.

De esta manera, en el siglo XIX y quizá principios del XX, en el mundo de las ciencias sociales se vivió un intenso frenesí por definir verdaderamente, de manera precisa, el objeto, campo y método de estudio, entre otros, no sólo para obtener el reconocimiento formal de la comunidad científica como una disciplina en sí de las ciencias sociales sino además para exponer sus rasgos específicos que la hacían diferente y por tanto, única, entre las demás disciplinas, que a su vez se veían obligadas a estatuir o reafirmar esta especie de *tridium*.

El resultado de todo este ejercicio disciplinar, es que al parecer habían quedado por fin y de manera definitiva esclarecido los límites y demás aparejos, entre las distintas disciplinas de las ciencias sociales, entre mi disciplina y las otras. Wallerstein, (2006) en el lúcido informe conocido como *Abrir las ciencias sociales*, aclara cómo entonces, la sociología, la antropología, la ciencia política y demás disciplinas de las ciencias sociales, en el XIX habían resuelto sus problemas de linderos en los que era común que algunos acusasen a los otros y viceversa de intromisiones, husmeos y hasta apropiaciones en y de su “terreno”.

No fue necesario que transcurriese mucho tiempo, si nos atenemos a la lógica de los ciclos de larga duración propuestos por Braudel, (1970) para que ya en el siglo veinte se empezara a escuchar cada vez más alto, que la idea de establecer muros entre las disciplinas y repartir a cada una un pedazo de la torta de la realidad social como su campo de estudio y métodos específicos que de alguna forma resultaban de uso exclusivo de una disciplina en particular, conducía a una especie de falseamiento de la realidad social al pretender fragmentarla en unos campos, asignar un enfoque determinado para observarla y unas herramientas exclusivas. El modelo disciplinar, empezaba a ser criticado con mayor aceptación, como incapaz de ofrecer una comprensión holística del mundo social y del mundo natural, si se tiene en cuenta que esta discusión también fue vivida por disciplinas como la física, que produjo la aparición de la física cuántica.

Tal como advierte Kuhn (2004), si un paradigma científico se torna o se considera insuficiente para explicar fenómenos de la realidad que investiga, es apenas natural que sea necesario la construcción o irrupción de uno nuevo que incorpore entre sus capacidades la posibilidad de explicar precisamente aquello que no podía ser explicado con el anterior.

Es justamente en las tablas del naufragio de la perspectiva disciplinar cuando aparece, no como un imponente navío sino más bien como una ligera goleta, pero al fin y al cabo, salvífica, la propuesta de la interdisciplinariedad, en un principio, para evolucionar después, bajo la amplísima y en consecuencia cada vez más borrosa fórmula de lo polisémico, en multi, diver disciplinariedad, transdisciplinariedad, y otras derivaciones de distinta coloratura.

Ya hace tiempo, Morin (1996) señalaba las dos caras de la interdisciplinariedad. Por un lado decía que podía resultar como esas asambleas de naciones unidas en las que cada país termina reafirmando en lo que considera sus derechos, o bien por el otro lado podía resultar en un ejercicio orgánico de cooperación e intercambio. En la actualidad se puede ver que el camino de la interdisciplinariedad ha contado con numerosos baches que lo hacen difícil de transitar y que los ejemplos exitosos aunque ejemplares no son tan frecuentes. Pero además, aquella idea de que con la interdisciplinariedad se esperaba que con la cooperación entre las distintas disciplinas se lograría examinar a la vez distintos aspectos del problema y desde distintas perspectivas, y alcanzar en consecuencia, el anhelado, mayor grado de objetividad, y la eliminación de los distintos sesgos de aproximación de cada una de las disciplinas sociales en particular, se fue desdibujando en la medida que se desarrollaba y en su lugar lo que fue quedando claro es que con la interdisciplinariedad, no se lograba una super visión holística integral sino que a lo sumo se estaba produciendo una visión particular, novedosa, pero particular.

Como ni la disciplinariedad ni la interdisciplinariedad habían resultado satisfactorias, se empezó a hablar entonces de la transdisciplinariedad que por supuesto se proponía ir más allá que las dos anteriores. No se trataba ya de estudiar el objeto de una disciplina por muchas otras disciplinas a la vez, ni de trocar los métodos de una disciplina a otra, ni de establecer diálogos generalizantes y eternos porque al intentar ahondar en las discusiones, las diferencias se convertían en insalvables, ya no se trataba de lo que las disciplinas podían conversar inter ellas, sino de hacerlo trans, es decir, a través de ellas. Pero si aun habiendo muchas más claridades en lo que se ha denominado interdisciplinariedad, siguen persistiendo varias dudas, en lo que ha surgido como la transdisciplinariedad existen mayores, comenzando por aquella de qué significa mirar a través de una disciplina, y si cada disciplina puede mirar a su través cómo se efectúa el diálogo de esos *traveses*, sólo se puede mirar a través de la disciplina a la que se pertenece o esa dotación es universal para mirar a través de cualquier disciplina, se pertenezca o no a ella.

Es muy cierto aquello de que no basta enunciar o denunciar las falencias de una edificación, para que éstas sean corregidas o remplazadas. Con la disciplinariedad parece ocurrir algo similar, desde distintos ángulos se le

ha señalado sus desnudeces, pero las soluciones que se han propuesto desde la inter y la transdisciplinariedad no parecen superar en mucho las resquebraduras del desvinculado almacén de la disciplinariedad, que denuncian.

Saberes disciplinares y disciplinados

Hasta ahora, de manera deliberada, sólo hemos planteado la discusión en el terreno estrictamente epistemológico. El asunto de la construcción del conocimiento y sus formas de intercambio e interacción resultan de primer orden en este tipo de discusiones. Pero precisamente por ello, debemos recordar que el modelo disciplinar, inter disciplinar, transdisciplinar, o cualquiera que este sea, hace parte y se inscribe, en un plano más general, en un sistema social y en consecuencia en la dinámica de la división social del trabajo, que tal sistema ostente. Desde este punto de vista, es que por ejemplo, Wallerstein (1979) termina negando la anhelada neutralidad valorativa weberiana, puesto que la asignación del lugar y el papel que juega la actividad científica y la producción de conocimiento en ese sistema social, lo inscribe de manera inmediata y directa en el sistema de valores que tal sistema social atribuye a esta actividad. Es decir, en relaciones e interacciones de poder.

Pero tales relaciones por su necesidad operativa requieren y responden de altos grados de organización y de burocracia, aquí si en el sentido racional/eficiente que atribuye Weber (1964) a este término como forma de administración. De manera que a la delimitación epistemológica tan claramente establecida entre las disciplinas de las ciencias sociales y naturales en el XIX, le correspondiera en sana lógica, dotación y espacios para operativizar su actividad. A esto responde que en las universidades, como centros por excelencia de la producción del conocimiento científico, desde entonces en un esfuerzo visible que no ha cesado hasta el momento, se hayan dado al fortalecimiento de las facultades y departamentos (disciplinas).

En la mayoría de los estados nacionales del mundo, a través de sus departamentos o ministerios para la ciencia y la educación, se suele orientar las divisiones entre las distintas disciplinas y asignarlas a campos determinados de la actividad científica. Colombia se encuentra en esta mayoría, que por demás responde a clasificaciones de organismos internacionales y supranacionales,

como es para este caso la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO. En consecuencia, el modelo organizativo, que sigue primando en la gran mayoría de las universidades del mundo es el de la división macro entre ciencias naturales y sociales, y en cada uno de estos dos grandes campos la subdivisión por facultades que a su vez contienen los departamentos o programas de su patio disciplinar. Facultad de Ciencias Sociales, con sus respectivas disciplinas; Facultad de Ciencias de la Salud, con sus respectivas disciplinas; Facultad de Artes, con sus respectivas disciplinas, etc. No olvidemos, que, en este esquema organizativo, cada departamento o programa y cada facultad ha de competir por los recursos de que dispone la Universidad, y en un plano más general por los recursos de los que dispone el estado para la actividad de producción del conocimiento científico. Esta delimitación por facultades y disciplinas y este modelo de competición por los recursos, interfiere la idea y el discurso de la inter y la transdisciplinariedad, o por lo menos exige un mayor grado de claridad y precisión en lo que se quiere de manera verdadera cuando se acude a ellos.

Si a la par de la insistencia en la inter y la transdisciplinariedad, el modelo organizativo de las universidades sigue fundamentado en la división por campos y disciplinas, es decir bajo una lógica disciplinar, además de contradictorio, o precisamente por contradictorio, tendríamos que deducir entonces que en este esquema organizativo se ha confundido o no se ha sabido diferenciar entre el dialogo de saberes, que desde la antigüedad ha encontrado su terreno más productivo en el debate, y la organización social/funcional/operacional de dichos saberes, en este caso saberes académicos.

El diálogo de saberes disciplinares no sólo es deseable, sino necesario. Sin embargo, como sucede en este tiempo líquido, para decirlo con Bauman (2002), en el ejercicio de la inter y la transdisciplinariedad, el “estar juntos” o el “trabajar juntos”, “en torno a”, nunca fue ni será una garantía infalible de abordar las realidades sociales por medio de un hipermétodo, con la capacidad de observar todo en todas las dimensiones y de un solo golpe de vista. Por el contrario, en las múltiples y diversas interpretaciones que se les ha dado, se ha concluido que mas bien que un meta-método, que un ojo que todo lo ve, la inter y la transdisciplinariedad finalmente han resultado en una propuesta metodológica más, de las muchas que abundan en el terreno florecido de las ciencias sociales.

Tener esta claridad es importante para no asumir, como quizá se asume todavía por parte de algunos investigadores, que la inter y la transdisciplinariedad son la panacea para resolver todas y cada una de las cuestiones de la realidad social que estudiamos, pero también revalorizando el diálogo de saberes académicos como principal forma de crecimiento e interacción en una universidad. Ahora bien, tal diálogo de saberes, que repetimos, además de tener ya una larga tradición, es absolutamente necesario, se produce principalmente a través de la producción académica de cada una de las disciplinas y sus profesores. Si bien es cierto, que en la actualidad se ha ampliado la productividad académica a elementos audiovisuales etc., los trabajos escritos en sus diferentes versiones (artículos, ensayos, capítulos de libro, libro etc.) siguen teniendo el primer lugar tanto en las mediciones y rankings que son comunes ahora, como en la todavía tradición de respetabilidad que en la academia se otorga a la expresión escrita.

La producción científica honrada, aquella que busca honestamente acercarse cuestionando a la verdad, requiere estar siempre libre de cualquier atadura o condicionamiento. Honradez y honestidad serán, eso sí, sus dos principios rectores por antonomasia. Y los científicos sociales y naturales, se supone, en un orden lógico deben ser los primeros en cumplirlos. Pero precisamente como científicos sociales no podemos olvidar nunca, que también los científicos son(mos) humanos.

El dilema ha ganado en estatura en Colombia a raíz de la aprobación de la Ley 30 de 1992 y el decreto 1279 de 2002. En una reivindicación del movimiento profesoral, encabezado por la Asociación Sindical de Profesores Universitarios, ASPU, como reconocimiento al trabajo invertido por los profesores en sus investigaciones y que no era remunerado, se aprobó el otorgamiento de puntos salariales o de bonificación a la producción académica de los profesores. A la larga, este justo reconocimiento se ha convertido en una especie de incentivo perverso que se ha traducido en dos cosas: la abundancia de publicación de artículos de baja calidad, más pensados en los puntos que en las pautas, y la caricaturización del diálogo de saberes, de la inter y la transdisciplinariedad. No es raro entonces, encontrarse con que entre el 2004 y el 2011 en los países de la Comunidad Europea, EEUU, Brasil, Canadá, y Japón, la mitad de las publicaciones se realizaron bajo la modalidad de pago de los mismos autores. (López -Torres, 2015)

Uno de los inconvenientes centrales de este método de pagar por publicar, señalado por el mismo López-Torres, es que “podrían plantearse procesos editoriales poco éticos por parte de algunas revistas”. Cómo tampoco es raro encontrarse, con investigaciones tan inter y trans disciplinares que necesariamente uno de carácter sensible no puede dejar de preguntarse si en estos tiempos aciagos estamos asistiendo a la esperanzadora fortuna de tener entre nosotros, no uno máximo como en el Renacimiento, sino muchos dotados con la inteligencia superior de Leonardo, que ora publican o copublican sobre puentes, ora sobre cultivos hidropónicos, ora sobre comportamientos humanos y en fin, ora la pluma como la espada, nos encontramos con la inter y la trans disciplinariedad reducidas y deformadas a una especie de juego de roles en las que me visto o más bien me disfrazo para cada ocasión.

De una manera similar, en el plano organizativo administrativo de algunas universidades, tal deformación de la interpretación del dialogo de saberes científicos, disciplinares, académicos, condujo en algunos casos a la intención de convertir o transformar facultades en lo que no eran y en no ser lo que realmente eran. Una facultad de ingeniería no puede intentar convertirse en una facultad de medicina, como una de medicina no puede intentar convertirse en una de ciencias sociales y viceversa. Lo correspondiente para el dialogo de saberes inter y trans disciplinarmente, no es luego deformar las facultades sino precisamente propiciar el intercambio entre las distintas facultades y programas de las universidades sin que cada una de ella pierda sus rasgos particulares. El experimento de transformismos de las facultades puede conducir a la creación de una especie de Frankenstein en la que no se logra ser ni disciplinar, ni interdisciplinar ni transdisciplinar.

Es bueno también alejarse de aquel entendimiento de que lo transdisciplinar consiste en dialogar e intercambiar saberes con disciplinas de otros campos del conocimiento científico, pero a la vez cerrar y trancar todo intercambio con las demás disciplinas de mi propio campo. La sociología, por ejemplo, ha establecido diálogos con distintas disciplinas de las ciencias naturales, pero no ha dejado en ningún momento de tenerlos con la antropología, la ciencia política, el trabajo social y las otras disciplinas de las ciencias sociales. Es necesario reforzar tales intercambios entre las disciplinas del propio campo. En términos prácticos, esa es quizá la mayor falencia de la reforma curricular del

programa de Trabajo Social de la Universidad Colegio Mayor de Cundinamarca UCMC, en el año 2012. Con la eliminación de cursos de economía, historia, sociología, antropología, se redujo o se clausuró la interlocución o la intensidad/frecuencia de interlocución con las demás disciplinas de las ciencias sociales, en favor de otras interlocuciones y prácticas. Algo similar ha ocurrido en otros programas de Trabajo Social del país, así como en algunos otros programas propios de las Ciencias Humanas y Sociales. Quizá esta situación hace parte de todo el engranaje internacional que refleja apenas una de las modalidades de debilitamiento adrede de las disciplinas de las ciencias sociales.

El momento actual que vive la Facultad de Ciencias Sociales, con una nueva reforma curricular en proceso, quizá sea propicio para reformular los énfasis y mirar desde otra perspectiva el significado de lo inter y lo transdisciplinar. Para el caso del Trabajo Social, en todas las universidades públicas y privadas, no se debe olvidar que el fantasma de la reclasificación que el Ministerio de Educación hizo en el 2018, ubicando el Trabajo Social en el campo de la Salud y Servicios Sociales, y no en el de las Ciencias Sociales como justamente se reclamó y se logró el reposicionamiento, sigue estando presente en la clasificación de la UNESCO (2013). Desde este punto de vista, lo que está en juego en la reforma curricular y en la reacreditación es de suma importancia no desde una perspectiva coyuntural, sino estratégica para el Programa y la Facultad.

Referencias Bibliográficas

Bauman, Z. (2002). *Modernidad líquida*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica de Argentina.

Braudel, F. (1970). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid, Alianza.

Kuhn, T. (2004). *La estructura de las revoluciones científicas*. México, Fondo de Cultura Económica.

López -Torres, J. (2015) *Pagar por publicar en revistas científicas*. Revista Clínica de Medicina Familiar vol No 3. Disponible en internet: https://scielo.isciii.es/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1699-695X2015000300001)

Morín, E. (1996). *La transdisciplinariedad. Manifiesto*. México, Multiversidad Mundo Real.

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura, UNESCO. Instituto de Estadística de la UNESCO, Clasificación Internacional Normalizada de la Educación CINE (2013). Disponible en internet: <https://uis.unesco.org/sites/default/files/documents/isced-2011-sp.pdf>

Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura UNESCO. (sf). Las ciencias sociales. Disponible en internet: <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000128382>

Wallerstein, I. (Coord). (2006). *Abrir las ciencias sociales*. Ciudad de México, Siglo XXI.

Wallerstein, I. (1979). *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mudo europea en el siglo XVI*. Madrid, Siglo XXI.

Weber, M. (1979). *El político el científico*. Madrid, Alianza.

Weber, M. (1979). *Economía y sociedad*. Madrid, Fondo de Cultura Económica de España.